

del quinto á 36 sueldos de oro, y además 6 sueldos de oro para el vestuario del recluta. Este precio cambia según las circunstancias; y unas veces es de 25 (1), y otras de 30 (2) sueldos de oro, sin contar la suma que se tenía que añadir para viveres, pequeños gastos y vestuario.

Por fin el historiador Sócrates (3) afirma que el mismo Valente fijó el precio de los reclutas, de la estatura y las condiciones requeridas para el servicio á 80 aureos para siempre.

Así, pues, aun prescindiendo de los exagerados precios en los desastrosos siglos IV y V, se echó de ver que en Grecia la medida media de la paga de un soldado de infantería, comprendidos los alimentos, era cuando menos 4 óbolos (0,61); en Roma después de César, era $\frac{1}{8}$ de dinero, ó 70 centésimos, en tiempo de Domiciano 83, y el triple y el cuádruplo para el soldado de caballería. Cotejemos estos precios con los de Francia.

Calculaba el emperador Napoleón que, tomando la base más ancha, 500,000 hombres bajo el pie de guerra, artillería, ingenieros, caballería, viveres, municiones, trenes y hospitales ambulantes, contado todo, le costaban más de 500 millones (4), ó sea, en término medio, 1,000 francos anuales por cada hombre.

El presupuesto de la guerra para el año 1839 solo lleva, para 348,000 hombres, 263 millones (5); pero era un presupuesto de tiempo de paz.

Así, pues, en el día el ejército cuesta menos de lo que costaba en Grecia y en Asia, desde el siglo de Pericles hasta el de Alejandro, y de lo que costaba en el Imperio romano desde César hasta Justiniano; aunque sea menester añadir al sueldo de la infantería y caballería griega y romana el gasto de transportes de máquinas, trenes de sitio, etc., cuya cifra no nos han transmitido los autores griegos y romanos. »

§ 30. CAMBIOS INTRODUCIDOS EN LA LEGION.

Desde la época de los reyes hasta Mario varió poco la legión para acomodarse á las circunstancias; pero después de la guerra con Pirro, se introdujo alguna modificación. En la batalla de Túnez, Régulo dispuso, no en cuadros, sino uno detrás del otro, los manipulos de *astados*, príncipes y triarios, para dar paso á los elefantes lanzados contra ellos por los Cartagineses; pero no habiendo dejado suficientes intervalos, creció la confusión y fué derrotado. Parece que no fué otro el motivo de la derrota de Cánna. Al contrario, Escipión en Zama dispuso el ejército del

(1) *Ibid.*, inf. I, 13.

(2) *Leg. 20 inf.*, et nob. *Valent.* 1, 40, inter *Theod.* Véase Godofredo. *Comment.*, in h. l.

(3) *Lib. IV*, c. 18 ó 33.

(4) El gasto anual de un soldado de infantería se calcula en Francia que es de fr. 334.62, ó bien, cent. 92 por día. Véase la *Revue des Deux Mondes*, t. XIX, p. 354.

(5) Véase el *Moniteur*, y las sesiones de la Cámara de los Diputados, desde el 6 hasta el 8 de junio de 1838.

mismo modo; pero dejando anchos intervalos entre las líneas perpendiculares, de modo que los elefantes pasaron, y en seguida los soldados cerraron las filas y vencieron. Igual conducta se observaba con los carros armados, á que resistían los Griegos estrechándose y presentando una selva de picas. Contra los Partos, que no combatían por impulso sino por la fuerza individual de su caballería, era preciso variar los métodos, y á tal disposición se atribuyen la derrota de Craso y las victorias de Antonio, Trajano y Adriano.

Fundándose la organización del ejército en las instituciones civiles, la alteración de estas se sintió en aquel. Primeramente Mario alistó á ricos y pobres, admitiendo hasta la sexta clase, de manera que la carrera militar no tuvo ya por norte el honor y el deber, ni fué el camino necesario para llegar á las magistraturas: no hubo más distinción que la fuerza corporal y la estatura, ni se consideró la riqueza como prenda de fidelidad militar. Perecieron de este modo las antiguas distinciones entre los cuerpos.

Al combatir contra los Cimbrós y los Teutones, que peleaban cuerpo á cuerpo con hacha y sable, hubo que estrechar los manipulos para presentar un frente compacto: se incorporaron, pues, los manipulos de *astados*, príncipes y triarios, formando la cohorte de seis centurias, y cada diez constituían la legión. Quitadas las divisiones lineales, los tres manipulos fueron colocados en el frente mismo, y cada línea quedó formada de cohortes enteras; los veteranos no estuvieron ya á la cola, sino á la cabeza; toda la infantería pesada se armó del pilo, y se incorporaron con ella los velites, dejando el oficio de infantes ligeros á distintas naciones súbditas, como Moros, Cretenses, Baleares, etc.

Si bien subsistieron los mismos nombres para los oficiales, los tribunos no tuvieron ya el mando directo de la legión, sino el primipilo ó primer centurión, cada uno de los cuales mandaba la cabeza de las centurias, y nombraba un teniente elegido por él. El águila se confió al primipilo, colocándose juntamente con las demás insignias, en el centro de la profundidad de cada cohorte, y las filas que la precedieron se llamaban *antesignani*, y el puesto era de honor.

Las cohortes estaban á veinte pies de distancia, lo bastante para poder socorrer á los soldados armados á la ligera; de modo que ya había cesado la antigua costumbre de recibir á la primera fila derrotada en la segunda, y lo que se hacía era introducir las tropas frescas entre las filas. Con este nuevo método de cohortes vencieron Mario, Pompeyo, Sila y César.

§ 31. DECADENCIA DEL ARTE.

Augusto introdujo tropas permanentes, en veinticinco legiones perpétuas, que residían en las provincias fronterizas, de las cuales se re-

servó el gobierno. Decayó el espíritu militar que había formado su fuerza, cuando ciudadano y soldado fueron dos cosas distintas; y aun en aquellas legiones acuarteladas lejos de Roma se admitieron provinciales, mientras que despreciando los soldados las artes de la paz, se constituyeron dos estados diferentes, el civil y el militar. Sin otro sentimiento que la ganancia, llegaron á ser formidables para los mismos emperadores que los pagaban, y los hicieron y deshicieron á su antojo, multiplicando los obstáculos y la guerra civil. Tiberio se quejaba ya de la falta de voluntarios, y de que se sometían con dificultad á la disciplina. Caracalla, declarando ciudadanos á todos los súbditos, acabó con aquel pundonor que hacía á los legionarios superiores á las tropas auxiliares. En el reinado de Claudio II se vió á los Bárbaros entrar en las legiones romanas, y sin consideración los acogieron Probo, Constantino, Juliano y sus sucesores.

En tiempo de Vegecio la legión constaba aun de diez cohortes; pero después de Adriano solo tuvo cinco, y la caballería cesó de pertenecer á la legión en general. La primera cohorte se llamaba *milliaria*, y estaba compuesta de cinco centurias de doscientos veinte hombres, y de una turma de ciento treinta y dos coraceros á caballo: las otras cohortes tenían cinco centurias de ciento y once hombres, y una turma de sesenta y seis caballos. Las armas se cambiaron también: se aumentó el uso de las flechas y del venablo; el pilo no se usaba ya en el reinado de Valentiniano II, y la mitad del ejército se componía de saeteros y honderos.

Entonces las antiguas armaduras parecieron demasiado pesadas, demasiado fatigoso el preparar los campamentos cada noche, de manera que se presentaban inermes á los Bárbaros, dice Vegecio « mas bien como brutos que como hombres. » Los grados se adquirían por medio de la intriga, no por el mérito contraído; el soldado no miró como glorioso su puesto desde que vió que se le concedía á los Bárbaros; no se obtenían empleos civiles sirviendo en la guerra, sino adulando, y los veteranos no contemplaban ya su estado sino como un oficio sin esperanzas. La división de las tropas en *palatinas* y *fronterizas*, produjo corrupción para los unos y desaliento para los otros: las primeras estaban destinadas á los ocios de la ciudad, disfrutando mayor sueldo; las segundas á las graves fatigas del campamento, y no se sentían animadas á rechazar al enemigo cuando pensaban que sus compañeros vivían en el regalo y la holganza.

Una de los mayores señales de decadencia fué introducir en las legiones tantas máquinas que causaron perjuicio á la movilidad, condición esencial, é hicieron al soldado accesible al miedo, pues que ya no contaba solo consigo. Las máquinas en los tiempos republicanos estaban limitadas á los ataques de las ciudades ó de los atrincheramientos, ó de algun puesto ó

puente, como nuestra artillería de posición. Las balistas, de que Tácito es el primero que habla, quizá fueron introducidas solo cuando las legiones se convirtieron en permanentes. « La legión (dice Vegecio) lleva consigo balistas montadas en carretas de que tiran mulos, y cada una está servida por once soldados de la centuria á que pertenece. No se emplean únicamente para la defensa del campamento, sino que además se las coloca en los campos de batalla detrás de la tropa pesada. » Además, cada cohorte tenía una catapulta con que se lanzaban piedras y dardos. Las máquinas que disparaban horizontalmente, se ponían en los flancos y en los intervalos de la primera línea; las otras se situaban detrás, desde donde arrojaban sus proyectiles parabólicamente.

En sus mejores tiempos los Romanos construyeron muy pocas fortalezas; pero en la decadencia prodigaron los muros y las torres por todas partes, y no pensando ya en el ataque, sino en la defensa, á menudo la legión siguió el modelo de la falange, especialmente para resistir á la caballería.

§ 32. FUERZAS MILITARES EN TIEMPO DE LOS EMPERADORES.

Augusto conservó tan solo de las cuarenta y cuatro legiones de los triunviros veinticinco, que con las milicias auxiliares suministradas por los reyes y pueblos aliados, ó alistadas entre las provinciales, ó asaliaradas entre los Bárbaros, y agregadas como *ayuda* á las legiones, fueron distribuidas por él en las provincias. Así destinó tres legiones á España, cuatro á la Germania Superior, otras tantas á la Inferior, dos á la Dalmacia, tres á la Polonia, dos á la Mesia, cuatro á la Siria, dos al Egipto, y una al África. Aunque esta distribución varió en los tiempos sucesivos, la parte principal de las milicias residió siempre en los confines de las naciones más belicosas, esto es, á orillas del Rin, del Istro y del Eufrates. Estos ejércitos y tres grandes escuadras, dos en los puertos de Rávena y de Miseno, y una en las Galias en el Foro de Julio, con algunas otras menores en distintos puertos y en los ríos confinantes, velaban en defensa del Imperio. Para mantener la tranquilidad en Roma, se destinaron tres, y luego cuatro cohortes urbanas de mil hombres cada una, y siete cohortes de *vigilantes*; y para servir de freno á la Italia y dar seguridad al príncipe, se creó la guardia de los *pretorianos*. Esta contaba en su origen diez mil soldados escogidos; después Vitelio la hizo subir á diez y seis mil, y Septimio Severo hasta más de sesenta mil; pero los siguientes emperadores que constituyeron una nueva guardia llamada de los *domésticos*, disminuyeron el número y el crédito de los pretorianos, y Constantino los disolvió y derribó su campamento.

Á la manera que variaron el número y la

fuerza de las cohortes pretorias, varió tambien el número de las legiones; habia veinticinco en tiempo de Augusto, treinta en el de Adriano, y no parece que bajo los demas emperadores pasasen nunca de treinta y cinco, á no ser en tiempo de Diocleciano, que llegaron á treinta y siete. La legion contaba en la época de Augusto seis mil infantes; y cada legion formaba un pequeño ejército con su infantería ligera y pesada, el conveniente número de caballos, las necesarias máquinas y trenes de guerra, ingenieros y artilleros (1).

Constantino, deseoso de impedir las rebeliones de las milicias, no solo quitó á las legiones las otras armas, sino que limitó el número de infantes á mil y quinientos; y pareciendo aun este excesivo, se redujo á mil en el siglo siguiente. Pero quizá, no tanto la fuerza sola de las legiones cuanto otras circunstancias, concurren á que las sediciones fuesen tan fáciles y frecuentes; pues que, sin hablar de las causas de su indisciplina, los emperadores, considerando lo imposible que era, por la inmensa extension del imperio y la organizacion de las legiones, hacerles acudir en caso necesario en todos sus impedimentos desde el Istro al Tamesis y desde el Rhin al Eufrates, y como á causa de la ferocidad de las naciones limítrofes y de sus incesantes incursiones, no se podian desguarnecer las fronteras, se vieron precisados á dejar continuamente en una provincia las tropas destinadas á custodiarla; y tal vez sea cierto que las legiones se reclutaban en las provincias donde residian. Los soldados, encanecidos en una comarca, convertian sus campamentos en ciudades, y cobraban afecto á los provinciales y al país, de modo que la simple amenaza de quererlos alejar de allí los impelia á la rebelion.

De esta permanencia quizá inevitable de los cuarteles y de la organizacion intrínseca de las legiones provino que se creyesen, no miembros de un solo cuerpo, sino un todo distinto, y que por lo tanto tuviesen ciertos intereses particulares y viviesen en oposicion y rivalidad con las otras; si una aclamaba emperador á su capitán, las demas, no queriendo ser ménos ni vivir sujetas á un príncipe no creado por ellas, procedian á nueva eleccion: de aquí las frecuentes usurpaciones casi en cada provincia.

La innovacion de Cayo Mario, en cuya virtud los *proletarios* fueron admitidos en las legiones, dió ocasion á los ciudadanos bien acomodados de abstenerse de tomar parte en ellas, mientras que los pobres acudian en tropel á las banderas, con la esperanza de riqueza y honor, y la milicia se convirtió en profesion de los holgazanes y necesitados. Agregándose á esto, que el número de los ciudadanos se habia disminuido mucho, que la molicie, el lujo y la indiferencia hácia la patria crecian sin cesar, que las grandes propiedades ponian á la agricultura en

(1) GARZETTI, *Della condizione d'Italia, etc.*

manos de los esclavos, resultó que ya en tiempo de Augusto se podian hacer pocos alistamientos en Italia, y que en lo sucesivo fueron mas escasos y raros, pues los efectos de aquellas causas continuaban, y los emperadores aun del siglo IV preferian para la milicia á la plebe urbana la rústica. Solo con esto es posible explicar la falta de soldados ciudadanos en la época de Augusto y de Cayo, cuando se sabe que en el censo ejecutado por Claudio el año 48 de J. C. se contaron, sin enumerar á las mujeres y los niños, seis millones novecientos cuarenta y cuatro mil ciudadanos romanos, entre los cuales habia casi una mitad apta para el servicio de las armas. Pero tan ajenos eran á este servicio, tan enemigos de las duras fatigas, sabian emplear tantos recursos para eximirse de ellas, que poco despues del censo de Claudio se ve poblar los ejércitos con alistamientos ordenados entre provinciales, y que fueron para las provincias nueva fuente de vejaciones; pues los gobernadores y los oficiales parecian esmerarse en elegir personas ricas que por su edad ó por sus enfermedades no pudiesen militar, permitiéndoles esto vender mas caras las exenciones (1).

Semejante falta de milicias ciudadanas hubiera debido cesar cuando la ciudadanía se extendió á todo el imperio; pero los emperadores no se fiaban de naciones que habian perdido la costumbre de las armas, y los nuevos ciudadanos, á fin de evitar la milicia, se valian de las mismas artes que los antiguos, al paso que los encargados de los alistamientos por las mismas razones los excluían ó los dispensaban del servicio. Tambien los principios de administracion, adoptados desde aquella famosa ley de Caracalla, contribuyeron á que fuera cada vez mas difícil completar los ejércitos con reclutas ciudadanos. No podian militar los que perteneciesen al órden de los curiales, ni sus hijos, ni las muchas personas que, por hallarse inscritas en algun *cuerpo* ó *colegio*, tenian que prestar algun servicio al Estado; y sin el asentimiento del dueño estaba prohibida la milicia á todos los colonos, es decir, á la mayor parte de los agricultores (2).

Ademas, los emperadores miraban la obligacion de militar, no como personal de los ciudadanos en estado de llevar las armas, sino como inherente á sus haciendas; así señalaban á las provincias y distritos tal ó cual número de hombres, proporcionado á la riqueza del territorio, y obligaban á los propietarios á suministrar soldados segun la entidad de sus bienes raíces (3), resultando de aquí, á causa de la mucha corrupcion, « que se admitian en los ejércitos hombres á quienes el dueño del predio no queria para esclavos (4). » Sucedia tambien

(1) TACITO, *Hist.* lib. IV, cap. 11.

(2) *Cod. Justin.*, lib. XI, tit. 47, l. 6, y tit. 63, l. 1, 3.

(3) *Cod. Theod.*, lib. XII, tit. 13, l. 7; *Id. Nov. Theod.*, tit. 41; AMM. MARCEL. lib. XXXI, cap. 4, lib. XIV, cap. 2.

(4) VEGECIO, *De re milit.*, lib. I, c. 7.

á menudo que las provincias, las ciudades ó los propietarios no podian ó no querian suministrar los hombres que les eran exigidos, ó bien que los emperadores gustaban de enriquecerse á expensas de los súbditos ó sacar los soldados de provincias belicosas (1). En tales casos ó las provincias imponian una contribucion y ofrecian dinero al que quisiese alistarse, método que « fué luego arrancado de raíz, porque roía las entrañas de las provincias (2); » ó bien los emperadores tasaban á los reclutas en 25, 30 y 36 sueldos de oro, ó en mas, y exigian el precio (3). Añádase á esto, que bastantes veces se necesitó, á falta de hombres libres, comprar esclavos y emanciparlos para que formasen parte de la milicia, y que frecuentemente se condenaba á los vagabundos y á las personas de mala vida á servir como forzados en las legiones (4).

¿Debe sorprender que los nobles, para no militar con tal canalla ni con rudos y feroces mercenarios extranjeros, se mantuviesen alejados de las armas, y que dos varones consulares del tiempo del emperador Juliano, y otro grave escritor del siglo V nos digan que la profesion de las armas se reputaba ignominiosa?

Constantino parece haber sido el que ideó marcar con puntos de color indeleble las manos de los soldados nuevos, para conocerlos mas fácilmente si abandonaban las banderas. Los desertores eran condenados á muerte; y se llegó hasta permitir que se les matara impunemente (5).

Sin embargo, á veces las penas eran mas suaves, á algunos se les perdonaba, y á menudo se enviaban á las provincias oficiales en busca de los desertores. Estaban señaladas grandes recompensas á los que lograban detenerlos, y si eran esclavos, se les ponía en libertad; se castigaba severamente á las personas que fomentasen la deserccion ó ocultasen á los desertores; tanto que á los plebeyos se les amenazaba con la paliza, el trabajo forzado en las minas, la relegacion perpétua; á los ciudadanos ricos con perder la mitad de sus bienes, y á los colonos con la muerte y hasta con el fuego (6).

No era nuevo entre los Romanos el uso de armas mercenarias aun extranjeras, y era antiquísimo el de las milicias sociales; pero el mando se habia reservado siempre á Romanos, y se separaba y distinguía con cuidado de las legiones á los socios y á los mercenarios, constituyendo aquellos la fuerza principal de sus ejércitos; y siguiendo este uso y con estas cautelas César tuvo á sueldo las cohortes germánicas, que rompiendo la caballería de Pompeyo le dieron la victoria de Farsalia. Desde entonces se vió constantemente á muchos Germanos militar á pié y á caballo en los ejércitos y en la guardia de los emperadores, que los admitian

(1) *Cod. Theod.*, lib. XII, tit. 13, l. 9.

(2) *Id.*, lib. VII, tit. 13, lib. 7.

(3) *Id.*, l. cit. y l. 13, 20, lib. XI, tit. 13, l. 1.

(4) *Id.* tit. 13, l. 16, 17; lib. VIII, tit. 2, lib. 3.

(5) *Id.* tit. 18, l. 4, 8, 9, 10, 11, 13, 14, 17.

(6) *Id.*, l. 1, 2 y siguientes.

para debilitar en lo posible aquellas inquietas naciones, y proporcionar alguna paz á los súbditos, asalariando y dispersando en varias provincias á los hombres feroces que no sabian vivir sino con las armas en la mano. Esto no ocasionó ningun peligro mientras no se cometieron abusos, mientras los soldados ciudadanos superaron en número á los mercenarios, y mientras que, como sucedia en tiempo de Trajano, « las legiones por su mucha fidelidad debian colocar sus tiendas á lo largo de la empalizada para defender á aquel, y contener con su número como con una fuerte muralla al ejército de las naciones, » acampado en medio de la llanura (1). Pero como la repugnancia de los provinciales á la milicia, y la comodidad de hallar siempre entre los Germanos individuos dispuestos á servir por un salario, sedujeron á los emperadores, como sedujeron tambien á muchos capitanes, que con tal de usurpar el imperio no les importaba tomar á sueldo innumerables tropas de Bárbaros, creció cada vez mas la dificultad de mantenerlos en la disciplina y en la obediencia. Hasta Constantino, vencedor de tantos Bárbaros, acostumbraba alistar á los prisioneros de guerra y á los Bárbaros que acogia en el territorio del imperio: y « elevando á los honores romanos algunos de los mas esclarecidos y nobles entre ellos, se los atraía de tal manera que olvidaron la patria (2). »

Hay razon para creer que su predominio habia empezado quizá desde la batalla de Mursa (año 350), cuando « por haber sido destruidas en aquella jornada las inmensas fuerzas del imperio romano, que hubieran bastado para cualquier guerra extranjera y para producir seguridad y muchos triunfos (3), » fué preciso confiar la defensa del Estado á la fidelidad y á las fuerzas de mercenarios germánicos.

Hemos visto en nuestra NARRACION (4) cuánto mal resultó al imperio, y especialmente á la Italia, de la admision de tantos Bárbaros, en particular de la de los Visigodos; cómo, primero la defensa, y luego hasta el gobierno del Occidente se fió á mercenarios y capitanes germánicos; cómo un Suevo, tiranizándolo mas de quince años, creó cuatro emperadores ó hizo morir cuatro; cómo en un Estado que comprendia sin embargo las costas de Berbería, toda España y el Portugal, toda Francia y Bretaña, toda Italia y gran parte del Austria, la Hungría y los países vecinos, no se pudo armar el número de ciudadanos suficiente para impedir que pequeñas naciones bárbaras ocupasen aquellas hermosas provincias; cómo ni siquiera en toda Italia se lograron reunir los que bastaban para refrenar á unos cuantos miles de mercenarios que pedian la tercera parte de sus terre-

(1) IGNO, *De limit.*

(2) EUSEBIO, *Vita Constantini*, cap. 7.

(3) EUTROPIO, *Breviar.*, lib. X, cap. 6.

(4) En el tomo II, hemos hablado de los acaecidos en tiempo de los emperadores.

nos; cómo, por último, les faltó a los Italianos el amor patrio y la virtud que se requerían para defender, juntamente con su país natal, sus haciendas y vidas contra un ejército compuesto de aventureros.

§ 33. RESEÑA DE LOS ANTIGUOS ESCRITORES MILITARES.

Hemos acompañado al arte y la ciencia de la guerra desde sus primeros pasos hasta el grande esplendor que adquirió primero en Grecia y después en Roma; en seguida la hemos visto decaer en ambas naciones de modo que sobrevinieron nuevos pueblos a cambiar las instituciones de los que no habían sabido defenderlas con las armas. En el curso del relato hemos nombrado los autores que nos han servido de apoyo; pero ahora queremos darlos a conocer mas particularmente, no repitiendo lo que dejamos dicho en la Historia, sino considerándolos solo en lo que atañe al asunto que nos ocupa.

El mas antiguo historiador que nos refiere batallas es TUCÍDIDES, el cual tomó parte en la guerra del Peloponésico, cuya descripción hizo: hombre de armas y de toga, asocia las reglas y las aplicaciones de la táctica y de la política.

Le supera en conocimiento y práctica JENEFONTE, que dirigió la retirada de los diez mil, y la describió; se le deben además algunos tratados especiales de táctica y las muchas noticias que esparció en su novela histórica la *Ciropedia*.

POLIBIO se trasladó al teatro de los acontecimientos para mejor relatarlos, y obtuvo de la amistad de los Escipiones noticias y preceptos. Él nos presenta las guerras púnicas bajo un aspecto muy diferente del que le dan los Romanos, revelándonos a Anibal tal como fué, y las causas de la decadencia de Cartago. Hemos citado de sus escritos lo bastante para mostrar sus conocimientos técnicos y su recto juicio. Encuentra superior la legión a la falange, por su mayor movilidad y por la reserva, aunque en esta opinión influyó acaso el deseo de agradar a los Romanos, sus protectores.

SALUSTIO describe militarmente la guerra contra Yugurta, conociendo los lugares, y expone con claridad el orden oblicuo empleado en la batalla dada a orillas del Mutelo entre aquel Numida y Metelo.

Los *Comentarios* de CÉSAR son la mas importantes de las obras antiguas; sin embargo, no pueden entenderse mientras no se conozcan las instituciones militares y políticas de los Romanos. Como todos los que refieren hechos propios, muéstrase parcial aun sin quererlo; exalta el mérito de los enemigos para que sea mayor su lauro de haberlos vencido; elogia a sus oficiales hasta por sucesos que son debidos a accidentes ó a error de los contrarios. Puysegur dice que su lectura no es útil sino a los que están ya instruidos en el arte de la guerra:

culpa comun a casi todos los que tratan de alguna ciencia especial, y que exponen concisamente lo que para ellos es claro, sin imaginar que a los demas haya de parecer oscuro. Napoleón, en la forzada quietud de sus últimos años, gustaba de meditar sobre las guerras de César, escribió un comentario que puede ser ventajoso a los hombres del arte. Nosotros hemos citado varios trozos (1); su puente sobre el Rhin era el texto en que se ejercitaban los ingenieros del siglo XVI (2).

TITO LIVIO, el mas poeta entre los historiadores, el que mas agrada leer, no perdona jamas los pormenores militares; pero es tan poca su exactitud, que de él ni siquiera podrian deducirse los rasgos generales de las batallas y de las expediciones.

FLAVIO JOSEFO, hombre de guerra, refirió los últimos destinos de la Judea, instruyéndonos acerca de la táctica y la poliorcética de los Romanos en tiempo de los emperadores.

Aunque TÁCITO mas bien estudió el corazón humano que las vicisitudes exteriores, son fecundísimos en instrucción los relatos de las campañas de Germánico, de Corbulon, de Civil, de Tito, de Vespasiano, etc.

La coleccion de estratagemas de POLIENO tiene poca ciencia y poquísimos discernimientos. FRONTINO nos ha dejado una coleccion mejor de planes de batalla inútiles desde que se ha variado completamente de armas; pero conocia por experiencia la guerra, juzga bien los hechos, y se eleva de los particulares a observaciones generales; clasifica con acierto medios que a veces son sin embargo absurdos, y que por otra parte estando tomados de todas épocas y naciones, no revelan perfectamente un tiempo dado. Casi contemporáneo, Frontino, varon consular, hizo la guerra en la isla de Bretaña; Polieno era orador de los Macedonios en la corte imperial: aquel es mas metódico, este mas extenso; aquel es hombre de guerra, este de estudio, y su obra contiene mucho mas de lo que promete su título.

Si hemos sido severos con PLUTARCO en otros puntos, no podemos serlo ménos en cuanto a la parte militar. Abundan en las *Vidas de los capitanes* los efectos extraordinarios, que nos quitan la confianza en lo demas. No obstante, cuando tuvo a mano buenos materiales, pudo ofrecer buenas noticias.

ARRIANO escribió un tratado de la *Táctica de los Griegos*, la *Historia de Alejandro Magno*, y un fragmento de la expedición contra los Alanos; obras de las mas importantes entre los antiguos sobre la ciencia de la guerra. Como general consumado y sagaz político, nos revela el objeto de la expedición de Alejandro, sus medios, las particularidades de las operaciones estratégicas, el orden y éxito de las batallas.

Cuando en tiempo de Alejandro Severo se volvió a dar la preferencia al arte griego, ELLANO

(1) Véase el tomo II.
(2) Véase § 23.

escribió un tratado de la *táctica de los Griegos*, mas extenso que el de Arriano; pero no mas rico, pues que lo que añade, ó son formaciones ó maniobras inútiles ó inexecutables, ó teorías sin sentido, ignorante como era en el arte de la guerra.

La trató de una manera filosófica el platónico ONEANDRO en su *Ciencia del general στρατηγικὸν λόγον*; y adandonando los hechos de disciplina y táctica que nos han dado ya los autores precedentes, podemos aprender la parte moral y la observación del corazón humano, aplicada a la guerra. Habla de las cualidades del general, del cuidado que debe tener de su vida y del modo de escoger las tropas.

JULIO AFRICANO ayuda a conocer las novedades introducidas en tiempo de Alejandro Severo, a quien se dice aconsejó. Deplora la decadencia de los soldados y el desprecio de las armas ofensivas; y « si se pensara, dice, en vestir a los soldados romanos de corazas y yelmos al estilo griego, con picas mas largas, si se les ejercitara en lanzar el venablo con precision, combatir cada uno de por sí, finalmente, en arrojarlo en el momento oportuno sobre el enemigo, a todo correr y sin detenerse hasta estar bajo el tiro, es seguro que entonces los Bárbaros no resistirian. » Así se efectuó, y se formaron seis legiones en una especie de gran falange mas numerosa que la antigua falange griega. Habla del dios Pan, como muy eficaz en el éxito de las batallas, por producir el terror pánico.

Los tratados de este aumentaban mientras este decaía, como sucede con los poéticos. Por orden de Valentiniano II, compuso VEGETIO el mas completo, supliendo con las obras que se han perdido de Caton, Cornelio, Celso y Paterno la experiencia que le faltaba; de lo cual es una prueba la variedad de su estilo, frecuentemente muy confuso y lleno de repeticiones. Lejos de distinguir las varias épocas de la milicia romana, confundió los usos de esta y de los Griegos. Deplora sin cesar la decadencia del arte, y recomienda los ejemplos antiguos, cuando los Romanos vencian, no por ser mayor su número, sino porque estaban bien escogidos y enseñados, y sabian prever todos los casos. Como sabio didáctico, distribuye la materia por libros y capítulos; « a fin de que los instructores de los jóvenes guerreros puedan restaurar el honor de la milicia romana con el ejemplo y la imitación de las virtudes antiguas. »

En el primero trata de la elección de los hombres, del reglamento interior, de la instrucción de cada uno, del infante, del jinete, de la táctica elemental, de los atrincheramientos. Sostiene que el arte hace mas que la naturaleza, y que el ejercicio y las instituciones habian dado a los Romanos lo que la naturaleza les habia negado. En el segundo expone la diferencia entre auxiliares y nacionales, y desarrolla las causas de la decadencia de la milicia romana; pasa luego a exponer la composición de un ejér-

cito, de una legión, de una cohorte, habla del modo de avanzar, del tren y de las máquinas de la legión cual era en su tiempo. Ya se creía necesario suplir el valor con el juramento repetido a menudo, y muy diferente del antiguo que Polibio menciona (1). Decia: « Los soldados juran por Dios, por Cristo y por el Espíritu Santo y por la majestad del emperador, el cual, después de Dios, debe ser el primer objeto del amor y de la veneración de los pueblos; obedecer lo que el emperador les ordene, no desertar jamas y sacrificar la vida por el imperio. »

Las distinciones que indican degeneración llegaban hasta el ridículo en las tropas, donde se distinguían *ordinarii*, *augustales*, *flaviales*, *optiones*, *tesserarii*, *campigeri*, *antesignani*, *metatores*, *beneficarii*, *librarii*, *armatura duplars*, *armaturæ simplares*, *candidati duplars*, *candidati simplares*, *principales*, *privilegiati*, *munifices*... y se podría alargar bastante esta lista.

Interesa mas en el tercero donde habla del mantenimiento y de los modos de conservar sanos a los soldados, de las marchas, del paso de los rios, de las posiciones militares, de las precauciones que deben tomarse durante la acción. Sobre todo, recomienda el uso de las reservas con tropas escogidas, aunque haya de quedar debilitado el cuerpo de batalla. Este no debe empeñarse mas que en una acción general para rechazar ó desbaratar al enemigo. Si se quiere disponer algun cuerpo en forma de cuña, de tenaza ó de sierra, conviene tomarlo de la reserva, y nunca del cuerpo de batalla; porque sacando al soldado de su puesto se introduce el desorden.

Vegetio reconoce siete disposiciones de batalla. En la primera el ejército conserva la simetría primitiva, y está paralelo con el enemigo; disposición sin arte ni cálculo, posible cuando se quiere atacar todos los puntos de la línea opuesta. Grande estrago debe de resultar de este modo de situarse dos ejércitos frente a frente en toda la longitud, si el uno mas valiente y numeroso no envuelve al otro por todos lados, terminando de golpe la lucha. Pero aunque uno se sienta superior, debe evitar este método, el cual exige una marcha general de frente, siempre difícil hasta en país llano.

El segundo consiste en colocar a la derecha las mejores tropas, y atacar con estas, teniendo momentáneamente la izquierda fuera de tiro.

El tercero hace lo mismo con la izquierda; ataque mas débil, por hallarse esta mas descubierta, atendido el uso de los escudos.

En el cuarto las dos alas atacan vivamente y al mismo tiempo las del enemigo, mientras el centro permanece detras: lo cual forma una tenaza.

El quinto no se diferencia de este mas que por la disposición de las tropas ligeras, que cubren el centro mientras las alas atacan.

(1) Véase mas arriba.